



RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo II.....

TURRIEBURNISMO

Decíame una noche el gran poeta portugués Guerra Junqueiro:

«No hay que encerrarse en la torre de marfil ni despreciar nada por mezquino. ¿Que la política es una porquería? No, nada es porquería, y si lo es, á ella hay que bajar.

Vivo en Portugal y de lo portugués me ocupo, de lo de todos los días. Sólo que miro las cosas del tiempo desde la eternidad. Lo que más me gusta de los *Tres Ensayos* de usted es aquello de que hay que vivir al día, pero en la eternidad. He creído siempre lo mismo. Y por eso me asocio á todo movimiento que me parezca progresivo, que impulse á esta formidable historia humana que nos lleva de la piedra al ángel. Me asocio al movimiento republicano, al socialista. Tenemos una parte de camino común; voy con ellos. Sólo que ellos van á un punto determinado, su camino acaba de aquí á dos leguas, y el mío va al infinito, no acaba nunca. No pregunto adónde me lleva mi camino; pregunto si es ó no bueno, si es camino de amor».

Callóse y se quedó mirando al cielo sereno, hermosísimo entonces, tachonado de estrellas. Y de pronto me dijo: «En este cielo puede haber Dios, en el de Madrid... ¡polvo!»

Me separé de él, y como siempre que con él hablo, fuíme á casa con la cabeza llena de ideas y el corazón de anhelos. Seguía oyendo sus palabras, y seguía oyéndolas en aquel dulce acento portugués, y á la vez veía su rostro tan expresivo, tan en consonancia con su espíritu profético.

Muchas veces había pensado en el turrieburnismo, en ese encastillarse con armiñesco egoísmo en la torre eburnea, debilidad de literatos sobre todo, que les lleva al literatismo y á la vacuidad al cabo. Es todo lo contrario del famoso dicho terenciano: *Homo sum, nihil humanum á me alienum puto*. (Hombre soy, nada humano me es extraño.)

La famosa fórmula de «el arte por el arte» ha producido verdaderos estragos, llevando á no pocos artistas á lo menos artístico que cabe, cual es la *virtuosidad*. Y la virtuosidad literaria, en su más amplio sentido, es el literatismo, la literatura para literatos. Y hay más sollicita-

ciones para caer en él aquí que en parte alguna, dado que por lo general si hay 300 literatos en España hace cada uno de ellos una tirada de 300 ejemplares de cada una de sus obras, y se las cambian mutuamente, bombeándose mutuamente también.

Me ha hecho siempre mucha gracia todo eso de la «difícil facilidad» y de la dificultad vencida. No es raro que al hablar un crítico de algún poeta que escribe en verso libre diga que es muy cómodo eso de huir de la dificultad del consonante. Pero, vengamos á cuentas, ¿para qué ha de crearse uno? Porque eso de crearse dificultades, para darse el gustazo de vencerlas, no es más que virtuosismo, es como esos estudios de piano en que hay que hacer una porción de sutilísimos ejercicios de prestidigitación. Ni eso es arte ni cosa que se le parezca. Y digan lo que quieran no veo que el consonante sea una excelencia artística, sino más bien un elemento que recuerda el tamboril de los negros africanos. Así se llega á los acrósticos, pentacrósticos, ovillejos y demás dificultades que vencer.

En semejantes tecniquerías, ó en otras que en el fondo se les parecen, suelen acabar los turrieburnistas, ó en el más completo sibilismo *pour épater le bourgeois*, para dejar turulato al burgués. Es la consecuencia de desinteresarse de todo lo hondamente humano.

Recordábame en cierta ocasión un turrieburnista aquello del gran Goethe que en plena Revolución francesa se interesaba más que de ésta de las discusiones que Cuvier y Geoffroy mantenían respecto á la evolución de las formas orgánicas. Pero es que el gran poeta, que siempre vivió al aire libre, dejándose empapar en las grandes corrientes de su tiempo, presentía que la doctrina transformista había de influir en las edades futuras más aún que los principios proclamados por la Revolución francesa. Vió esto con su vista de águila.

Tiene, sin duda alguna, su justificación el turrieburnismo; algo significa y vale eso de encastillarse en la propia torre de marfil, siempre que ésta sea uno mismo y que se alce y solee á diario y cuanto más se pueda. Nadie puede salirse de sí mismo; pero puede meter el mundo en sí, y tanto vale lo uno como lo otro.

Mas esto es ya otra historia.

Miguel de Unamuno.